

y mientras duraba el combate, los acemileros entraban en la villa y la proveían.

VI.

En estas escaramuzas, perdía, como era necesario, gente Zayda Fatima; pero por cada hombre que se perdía se reponían dos perfectamente armados y montados, que los cabos de Zayda Fatima iban á tomar á sueldo con las bolsas bien llenas á Burgos y aun á Valladolid, que hervía entonces, como hemos dicho, en aventureros.

Muchos de los que en la noche de marras estaban en el figon de Marilinda cuando entró en él Zayda Fatima, habían tomado sueldo en su compañía, enganchados por sus cabos, y entre ellos, aquel bachillerote que parecía ser el jefe de los hampones asistentes al arrabal.

VII.

Un día se maravilló Zayda Fatima al ver que uno de sus soldados, agigantado, formidable, estaba soltando una exhortación en latín á un aragonés que tenía bajo su rodilla, y al cual, acabada la exhortación, le cortó la cabeza con su cuchillo, arrojándola luego como un proyectil á un grupo de aragoneses y aventureros que combatían á pie firme á poca distancia.

Un momento despues, se decidió la batalla.

Los aragoneses huyeron dejando un considerable número de muertos y heridos, y el aventurero latino, recogiendo su lanza que tenía en el suelo, acudió á su caballo que estaba inmóvil, no lejos de él, montó, tomó del arzon una bota de vino, y se puso á beber tranquilamente.

—Venid acá, le dijo Zayda Fatima; yo os he visto alguna vez.

—Créolo bien, *quia nemo uvi ego sun intrat sine.....*

—Alto, alto, dijo Zayda Fatima; habladme á mí en romance liso y llano y dejáos de latines, no sea que lo tome á burla y os asiente la mano.

—Decía, pues, mi noble, mi egregio, mi invicto capitán, señor caballero del Aguila Roja, contestó el bachiller, que nada tiene de extraño que vuesa merced recuerde haberme visto, porque nadie entra adonde yo estoy que en mí no repare, á causa de mi humanidad corpulenta y de un no sé qué atractivo de que Dios me proveyó en sus altos juicios, y vuesa merced me vió, hará como cosa de un mes, una noche, en un burdel y con brava compañía, en el arrabal de los Molinos de Valladolid.

—Ciertamente, dijo Zayda Fatima recordando; ¿y qué érais entonces vos?

—Entonces era yo bachiller en derecho civil y canónico en la universidad de Valladolid, y vivía á espensas de un tío canónigo que me daba algun por qué, aunque escaso; pero habiendo muerto el canónigo mi tío, y habiéndole heredado, héme quedado pobre.

—¿Tan poca hacienda os dejó vuestro tío el canónigo?

—No verdaderamente, que dejóme tres molinos en el Pisuerga, seis casas en la villa y quinientas aranzadas de pan llevar, con unos cuantos miles de ducados viejos; pero aunque dejárame las tercias y las alcabalas del rey, y los pontazgos y barcargos de siete reinos, y las minas de Golconda, y el sol metido en una redoma, durárame á mí lo que dura la luz del relámpago; que Dios ha hecho los dados, y los náipes, y las mujeres, y las bizarrías, y las galas para derretir dineros, y yo me dije: Melchor, vamos á cuentas: tú puedes vivir como un buen hidalgo todos los días de tu vida, pero lleno de privaciones y de disgustos por no gozar lo que gozar se puede: ¿á qué quieres tú andar peleando con los renteros, y cuidando de paneras llenas de grano, y de bodegas llenas de vino, si tú no has nacido para eso? ¡Sus! oros son triunfos; cambia en dinero molinos, casas y

tierras, y esto súbito, en un solo día, en una sola hora, en un solo minuto; y así fué, que caliente todavía el cadáver del buen tío, metiéronme en mi posada no sé cuántos talegos de dinero; y tal bebí, tal comí, tal enamoré, tal jugué, tanto fué el furor con que yo me dí á gastar, que no parecía sino que al dinero le nacían alas y escapaba por no tratarse conmigo, y á los ocho días cabales encontréme sin dinero, sin ropa, sin amigos, y lo que es peor, con deudas, aunque esta peoría no es para mí sino para aquellos que, creyéndome todavía rico, me prestaron, y que no volverán á ver sus dineros en todos los días de su vida. Así pues, échome el gancho uno de vuestros cabos, ofrecióme, porque era grande y fuerte y decia que yo servia para meter miedo, aunque no fuese para otra cosa, cuatro maravedises de sueldo al día, encajóme sobre las bayetas un arnés, me puso debajo un caballo, me entregó una lanza de media legua de andadura, como la estais viendo, y esta adarga aquí presente, con la cual se puede tapar la plaza mayor de Valladolid, trájome, llegué, aprendí en dos días el oficio de la guerra, y por lo que acaba de ver vuesa merced, me parece que sirvo yo para algo mas que para meter miedo.

—¿Y cómo os llamais, buen mozo? dijo riendo Zayda Fatima.

—Llámome Melchor Zancudo, para servir á Dios, al rey mi señor y á vuesa merced.

—Pues ¡vive Dios! que por lo que os he visto hacer en la pelea, os aprovecho: mientras combatíamos vino al suelo mi estandarte, á causa de haber muerto mi alférez Alfon Gil, por castigo sin duda de Dios, que no quiere traidores: rodando ha andado el buen estandarte de soldado en soldado mio durante la pelea, y quiero que le tenga quien sepa y pueda sustentarle: sois además hombre de buen ingenio, y me servireis para mucho. Vamos, ya han recogido nuestros heridos, y nos retiramos; antes de que nos retiremos, voy á entregaros ese estandarte, que os confío, seguro, por lo que os he visto hacer, de que le mantendreis con honra.

Y Zayda Fatima, llamando á uno de sus cabos, que tenia el

estandarte, y delante de su gente formada, entregó con gran solemnidad el estandarte al alférez Melchor Zancudo, que parecia entonces mas grande á causa de lo que le habia inflado la vanidad.

Hemos consignado este episodio, porque nuestro Melchor Zancudo es, como verán nuestros lectores, un importantísimo personaje de esta verídica historia.

VIII.

Cuando Melchor, por sus merecimientos como hombre feroz, ascendió á la categoría de alférez del muy noble caballero del Aguila Roja, hacia cabalmente un mes desde que los aragoneses, acaudillados por los infantes don Pedro, don Juan y don Alfonso, habian emprendido el sitio de Mayorga.

La reina, viendo que con sus propias fuerzas no podia dispar tan grande y tan amenazador nublado, contemporizó todavía, hizo como que olvidaba las nuevas injurias que la habian hecho los Haros y los Laras, y las traiciones y las malas artes del infante don Enrique, y les escribió cartas pidiéndoles fuesen á su lado á defenderla de sus enemigos.

Acudió el primero el infante don Enrique, que veia malo lo de Tarifa, á causa de la presencia de Guzman el Bueno, y cuando llegó á Valladolid, sin parar en ninguna otra parte, se fué al Alcázar y encontró á la reina oyendo misa en la capilla.

Acabada la misa, y recibido el infante por la reina en su cámara, este la dijo:

—Ya veis, señora, con cuánta lealtad y apresuramiento vengo de las Andalucías, donde importaba mucho que yo estuviese, llamado por vos, que decís os encontrais en gran cuita, y bien veo que esto es cierto, porque teneis sobre vos al rey de Aragon, y al de Portugal, y al de Granada, y contra vos al infante don Juan, á don Diego de Haro, á don Juan Nuñez de Lara y otros muchos ricos hombres y caballeros de gran poder y cuan-

tía; y ved cómo se encuentra vuestra hacienda, lo uno porque el rey mi señor es muy mozo aún, y vos viuda, y yo viejo y cansado, por lo que podrá suceder muy bien os tomen el reino y se lo repartan: pero ya os dije en buen tiempo, y torno á decíroslo ahora, que si vos quisiérais bien podría remediarse todo, con que al fin, y viendo de qué manera se ponen las cosas, triunfáseis de vuestros enemigos y reinase vuestro hijo.

—Bien veo la enemiga con que me tratan el rey de Aragon, el de Francia, el de Portugal, el de Granada; lo desleales que me son parientes y vasallos, y Dios sabe cuán sin derecho es esto; pero fío en la misericordia de Dios que él me ayudará, y todo cuanto yo pueda hacer porque reine mi hijo, lo haré.

—Repito lo que ya os dije antes, señora: mujer manceba sois y con hijo mozo, á la que cumple casarse y tener en un buen marido consejo y defensa: y si vos hiciérais lo que hicieron otras reinas mozas que quedaron con hijos, y casárais con el infante de Aragon, todo terminaria felizmente para vos y para vuestro hijo, y vuestro hijo reinaria, y vos os veríais servida y respetada.

—Maravíllome mucho, contestó la noble reina, de que os atrevais á repetir lo que nunca decirme debiérais, atendiendo al parentesco que conmigo os une: y no hay por qué traerme á mí para lo que me habeis aconsejado ejemplos de reinas que obraron mal, que yo he tomado y tomaré el ejemplo de las que obraron bien, y fueron muchas que quedaron mozas y viudas con hijos pequeños, señaladamente de mi linaje, y las ayudó Dios. Y estad seguro de que si yo supiera que por manchar la memoria del rey mi amado esposo habia de ser rey sin contradiccion de nadie mi hijo, y aunque ganara con ello otros tantos reinos mas que los que le dejó su padre, yo no lo haria, y que mas quiero vivir buena con lo que Dios quisiese, que no con gran poder y con grande honra haciendo lo que tan malamente me aconsejais, y confío en Dios que mas ayudaré á mi hijo siendo buena, que olvidándome de mi decoro, del amor de mi esposo y de la dignidad de mi hijo.

IX.

Esto disgustó grandemente á don Enrique, que veia su provecho en que la reina casase con el infante de Aragon, porque de este modo podria apartarla del rey, y apoderarse de él, y gobernar á su antojo, y medrar hasta donde la sed de su ambicion le movia.

Llegaron pocos dias despues don Diego de Haro y don Juan Nuñez de Lara con sus armas y sus caballos, y no vinieron don Nuño Gonzalez de Lara porque estaba muy doliente en Burgos de la enfermedad de que murió, ni don Juan Alfonso de Haro, que dijo que no queria venir mientras no le diesen el señorío de los Cameros, á que decia tenia derecho.

La gente que habian traído los que vinieron, se halló que eran cuatro mil de á caballo; y queriendo ir todos los hidalgos y ricos hombres de mesnada que allí venian con don Diego y con don Enrique á levantar el cerco de Mayorga, don Enrique no lo consintió, porque por nada del mundo queria ir contra los aragoneses, y alegó por pretesto que necesitaba ir á Granada á procurar la avenencia de aquel rey con el rey de Castilla.

Hacia esto don Enrique por poner discordia en la gente de armas que estaba reunida de una parte, y de otra por ir á vender al rey de Granada la villa de Tarifa, á cambio de grandes riquezas.

Pero viendo esto la prudente reina doña María, y por entretener á don Enrique, tomando pretesto de que la ciudad de Zamora no estaba muy tranquila, le dijo fuese allá con el rey, y que despues de sosegada Zamora, hiciese lo que quisiese; y fueron á Zamora, pasando por Segovia, y en las dos ciudades acogieron con gran entusiasmo al rey, y pasaron en cada una de ellas ocho dias, despues de lo cual se volvieron á Valladolid, donde la reina entretuvo aún á don Enrique con el pretesto de que no queria quedarse sin el auxilio de sus consejos.

Tal era el tutor del rey don Fernando; tales arrimos tenia su buena madre la reina doña María de Molina.

X.

Quedó sola la reina con don Diego Lopez de Haro y don Enrique; y viéndose tan acometida y tan desamparada, envió á su hijo el infante don Felipe, que era de pocos años, á Villalpando; á Palencia á su otro hijo niño, el infante don Pedro; á Toro al otro infante niño don Enrique; á Toledo la infanta doña Beatriz, y á Guadalajara á la infanta doña Isabel.

Esto hacia la sagacísima reina para enaltecer la lealtad de aquellas villas y ciudades: no podia defender á sus hijos; necesitaba además quedarse libre para combatir, y les entregaba sus hijos para que los guardasen.

No podia hacerse mas: doña María Alfonso de Molina se batía ya á la desesperada, resuelta á todo.

Después de esto habló con los concejos de Castilla, que estaban reunidos en Valladolid, mostróles en qué situacion se encontraba el rey su hijo, que esperaba defendiesen como leales, y ellos lo juraron y se volvieron á sus villas, quedándose de nuevo la reina sola con don Diego Lopez de Haro, y el infante don Enrique.

Algunos dias después llegaron don Juan Ozores, maestre de Santiago, Pero Diaz de Castañeda, y Fernan Ruiz de Saldaña, con alguna gente de armas, y ofrecieron pleito homenaje á la reina, diciendo que querian ponerse á su merced, porque el otro camino que seguian no era derecho.

Recibiólos muy bien la reina, y mandó á Pero Diaz de Castañeda á la villa de Carrion, y á Fernan Ruiz á la villa de Saldaña.

XI.

Empeoraron por entonces las cosas.

El rey de Aragon en persona con un fuerte ejército invadió el reino de Murcia, cuyas villas y castillos, por consejo de sus habitantes, que eran catalanes, se le entregaron, á escepcion de Lorca, Alcalá y Mula, en que habitaban castellanos.

Al mismo tiempo, el rey de Granada hacia una cruda guerra en la frontera, resistido por don Alfonso Perez de Guzman el invencible, que mantenía á raya á los infieles, á pesar de que no le sobraban fuerzas.

XII.

Entre tanto los infantes don Juan, don Pedro y don Alfonso, que tenían cercada la villa de Mayorga, viendo que no la podian tomar, enviaron mensajeros al rey de Portugal pidiéndole que viniese á ayudarles.

Y el rey de Portugal, no considerando el deudo que tenia con el rey de Castilla y la pleitesía de ayudarle y de que le habia tomado las villas de Serpia, Mora y Moron, sin desafiarle se puso en marcha con todo su poder para ir á ayudar á los que cercaban á Mayorga, como quien queria separar los reinos de Castilla y de Leon, y tomar su parte en el de Galicia.

En tal estado estaban las cosas á principios del mes de agosto.